



FORTALEZA DE BERTHAUME.

En la última punta del departamento de Finisterre (Francia), se veía antiguamente la famosa abadía de *San Mateo-in-da-á-rra*, cuyas ruinas existen aun, habiéndose construido en medio de ellas un faro. A corta distancia se encuentra la roca sobre la cual está edifi-

cada la fortaleza de Berthoume, que tiene por objeto defender la entrada del canal que conduce á la rada de Brest. La roca de Berthoume tiene 100 varas de elevacion, y está separada de la tierra por un canal de unas 95 varas. Antiguamente habian construido allí un

24 DE FEBRERO DE 1830.

fuerte al cual se llegaba con mucho trabajo; había que ir en lancha hasta el pie de la roca, á cuya cima se subía después por una escalera abierta en la misma peña.

Cuando se construyó un fuerte sobre los restos de la antigua fortaleza, se quiso ponerle en comunicacion mas directa y fácil con la tierra: colocáronse dos calles paralelas tendidas entre la costa y el fuerte, y se estableció una especie de carrizo que deslizándose por las calles, trasportase los visitantes del castillo. Este puente extraño existía aun en tiempo del imperio. Las calles se mudaban cada 40 años. Seis personas podían pasar á la vez en el carrizo, pero al llegar al centro del espacio, el peso hacía aflojar las cuerdas y había un momento de cruel incertidumbre. Después se colocaron planchas sobre las calles, formando un puente colgante que por falta de cuidado se ha inutilizado.

GRANDE HOSPITAL DE SANTIAGO.

Hallábanse los reyes católicos en Compostela para implorar la protección del Apostol en la conquista que se disponían á emprender contra los moros del reino de Granada. Era entonces la basílica del Cebedo uno de los santuarios mas célebres de la cristiandad, y á depositar en ella las mas ricas ofrendas llegaban de todas las partes del mundo conocido los príncipes de la tierra y los mas eminentes personajes. El Apostol Santiago no era solo el símbolo de la verdad católica entronizada en España, sino tambien el nombre de guerra que conducía á la victoria á los ejércitos de Cristo. La cruz de Jacobo había reemplazado al lávaco de Constantino; y el hurrah de *Santiago y á ellos!* se oía lo mismo bajo los muros de Tolomaida que bajo los minaretes de Córdoba. El hijo de María San Lomé

Armado de todas armas
á guisa de pelear,

tal como se le continúa pintando aun ahora, era el caudillo que en esa magnífica cruzada de ocho siglos hacia arrojados é invencibles á los soldados de Pelayo y Carlos Martel. Por eso la piedad de Isabel y Fernando no podía menos de ir á invocar su eficaz auxilio para la última y gloriosa campaña que dentro de muy poco tiempo había de lanzar al desdichado Boubdíl de sus encantadores salones de la Alhambra.

Era tan inmenso el concurso de romeros que de lejanas tierras concurrían á Compostela, y tantos los que sin más recursos que los de la caridad pública emprendían esta trabajosa peregrinación, que el estenso retinto de la ciudad se veía atestado continuamente de gallofes, que así se les llamaba; y muchos que no tenían lugar donde acomodarse sentaban su hospedaje sobre el mismo pavimento de las plazas. No era poco común que á algunos, afectados acaso con dolencias adquiridas en el transcurso de una marcha, hecha á la inefectividad de las estaciones, se les viese espirar y demandar amparo en medio de las calles, sin que la humanidad de las gentes pudiese venir en su socorro, por carecer de una casa de beneficencia donde recogerlos y asistirlos.

Este espectáculo tan triste y deplorable hirió vivamente el magnánimo corazón de los reyes, que ofrecieron, llena el alma de amargura y de lágrimas los ojos, fundar y dotar un hospital donde se atendiese á las necesidades de cuantos fuesen á visitar el Santo Sepulcro, y donde además se criasen y educasen los niños espósitos, para cuyo objeto no había hasta entonces edificio á propósito en España. La escasez del erario era grande, pero era mucho mayor la voluntad de los dos reyes esposos, y estaban seguros que este liberal propósito, el mas grato de todos á los ojos de Dios, contribuiría poderosamente á espulsar los mahometanos de la península, y á atraer á ella muchas riquezas de países no descubiertos aun. El pensamiento de un nuevo mundo vagaba entonces en sus cabezas, como una de esas ideas sin forma, que son los mensajeros de los destinos futuros que se han de realizar en el transcurso de nuestra vida.

La fundacion quedó resuelta y se confirmó cuando la toma de Granada. Comisionóse á D. Diego de Muros, dean de la Santa Iglesia de Santiago, y baxó el plano trazado por Enrique de Egas, maestro mayor de la Iglesia de Toledo, se comenzaron los trabajos. Este arquitecto era de las mas célebres de su época, y á él se deben el magnífico colegio mayor de Santa Cruz de Valladolid, que hoy sirve de museo de pinturas y arquitectura, el hospital de espósitos de Santa Cruz de Toledo y otros edificios notables en España.

Fue tal la asiduidad y buena direccion de los trabajos, que en 1309 se ejercía ya la hospitalidad en sus estancias.

En 10 de marzo de 1304, con insercion de bula que impetraron los reyes de Alejandro VI para la fundacion del hospital é institucion de su universal cofradia, otorgaron SS. MM. real instrumento de aceptación, é instituyeron la mencionada cofradia bajo el título y advocacion del Santo Apostol. Hicieron tambien algunas ordenanzas para

su régimen espiritual y temporal, las cuales, como veremos, fueron recibiendo sucesivas modificaciones.

En 24 de setiembre de 1324 dió Carlos V la primera constitucion, en vista de los informes recibidos del Lic. Juan Sanchez Tribblesca, visitador enviado al efecto. Son sus disposiciones mas notables,

Art. 7.^o Que hubiese cuatro capellanes extranjeros, de los cuales uno debia ser francés, otro alemán y otro flamenco ó inglés.

Art. 20. No solase disponia que fuesen todos los enfermos pobres, escepto los de dolencia contagiosa, sino que dos personas debían ocuparse en recogerlos por las calles.

Art. 25. Se prohibe la entrada á todo el que no quiera confesarse y sacramentarse.

Art. 71. Se manda abrir una biblioteca pública.

Los peregrinos que vayan á visitar el cuerpo del Apostol, para quienes principalmente ha sido fundada la casa, tendrán albergue, comida y cama, por un tiempo determinado.

En 27 de diciembre de 1390 dió Felipe II la segunda constitucion. En su artículo B.^o se mandó construir un jardín botánico.

En 4 de setiembre de 1697 se dieron los mandatos confirmados por Carlos II. En el 7 se mandaba que los peregrinos inviesen por cama un jergon de paja, dos mantas de sayal, dos sábanas y un travesero de palma, y se les diese cada noche medio cuartillo de vino media libra de pan, y leña en el invierno.

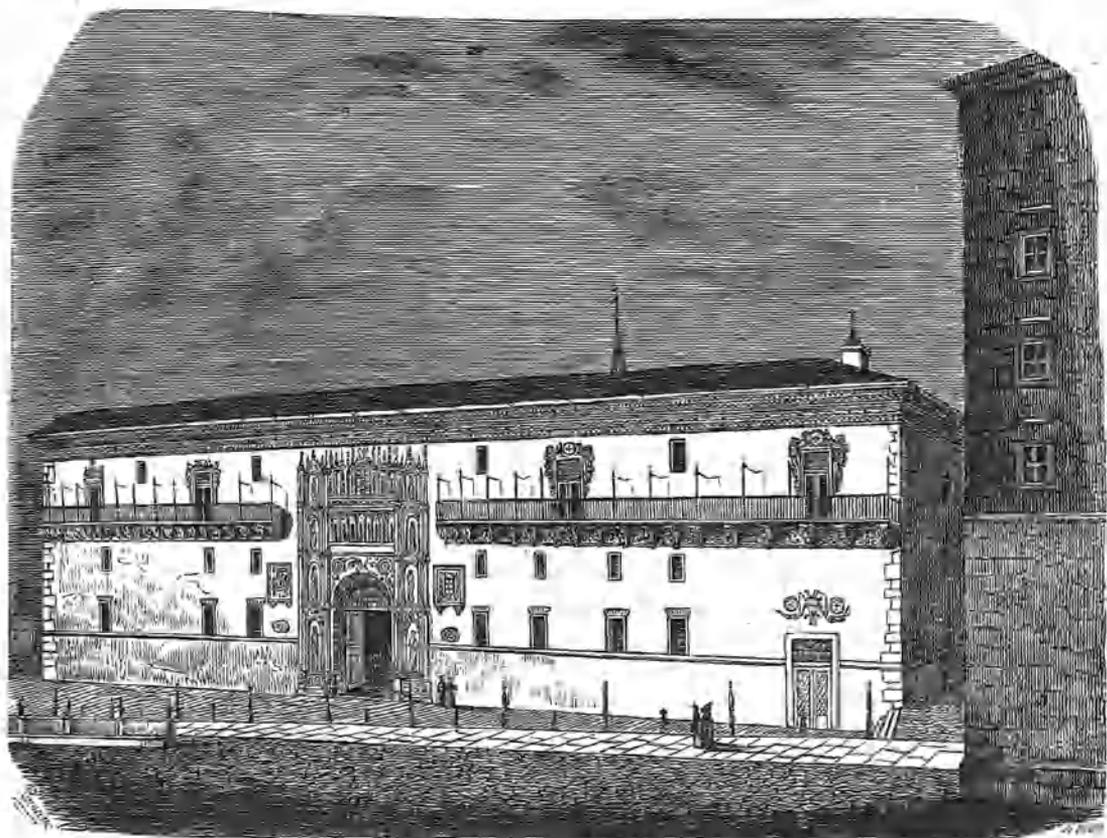
En 9 de agosto de 1804 dió Carlos IV otra constitucion. En ella se fijó definitivamente el número de los ministros y dependientes de hospital, suprimiendo algunas plazas inútiles, y refundiendo otras en un número menor. Cesó la jurisdiccion espiritual y temporal que antes tenía el administrador, capellan mayor. Para su régimen económico, se creó una junta formada por dos prebendados de la iglesia metropolitana de Santiago; dos regidores y dos caballeros, bajo la presidencia del administrador. Se confirmó la real orden de 5 de junio de 1768, disponiendo que fuesen admitidos los atacados de enfermedades contagiosas, en salas al efecto. Se fijaron los deberes y salarios de los empleados.

La insurreccion de las Américas, y las revoluciones de la península, modificaron la organizacion del hospital, anulando casi por completo todas sus constituciones. La escasez de recursos debida á las consecuencias de aquellos acontecimientos obligó á dar una nueva forma al establecimiento, dejando solo de él la investidura exterior de su riqueza y magnificencia antiguas.

Segun una nueva plantilla aprobada por el Regente del Remo en 12 de junio de 1842, se redujeron los gastos de los empleados á 73,826 rs., resultando una economia de 105,000.

Las rentas de la casa á últimos del siglo pasado, eran las siguientes.

En 5 de mayo de 1492 concedieron SS. MM. perpétuamente á esta su real casa, la tercera parte del producto de velos viejos del reino de Granada, reales . . .	170,000
Después aumentaron con 300,000 mrs. de juró perpétuo en cada un año, situadas en las alcabalas del arzobispado, por privilegio despachado en 2 de noviembre de 1302, que uno y otro se siguieron cobrando desde entonces. . .	
Varias cartas de privilegio, igualmente de juró perpétuo, se dieron posterior y sucesivamente hasta el año de 1706, importancia . . .	37,488
Por real cédula de 27 de mayo de 1703 concedió Felipe V dos mil pesos sobre la tercera parte del producto de las vacantes de obispos del reino de Galicia, y provincias lo cual, á pesar de otras cédulas posteriores no llegó á cobrarse hasta 1760. . .	40,000
Por otra cédula de 16 de julio del mismo año, concedió S. M. otros dos mil pesos de rentas en cada un año, situadas en la tercera parte de las vacantes de obispos del Reino y provincias de España, que no principió á percibirse hasta 1746. . .	40,000
Desde 1758 se puso en uso admitir los soldados enfermos, debiendo al efecto pagar la hacienda 5 1/2 rs. por cada uno diarios. El producto anual de dichas estancias, segun un quinquenio, asciende á . . .	22,000
El producto anual de las sencuras, adquiridas desde 1807 hasta 1808 importaba 5,340 rs., debiendo restar de esta cantidad 40,000 que dejaron de percibirse desde 1808. .	24,340
La almoneda de las ropas que dejan los enfermos, muertos en el Hospital, suele ascender á . . .	2,240
Las demandas y peticiones de la Cofradia universal, fundada por los Reyes católicos producen mucho, pero limitadas desde 1757 al arzobispado de Santiago y obispado de Tuy, sólo dan . . .	7,000
Siempre que usa el Hospital sus estancias, cida, calderete	



Hospital de Santiago en Compostela.

plata etc. en el entierro de alguno que no sea dependiente de la casa, cobra algo. Esto suele valer al año.	220
Los foros y arriendos sobre casas y lugares.	48,000
Por censos redimibles.	40,000

Los foros que se pagan en fruto, ascienden á 1990 ferrados de trigo, 336 de centeno y 111 gallinas.

La pérdida de Méjico y Lina, y la supresion del voto de Santiago y diezmos, redujeron las pingües rentas del establecimiento hasta el punto de no bastar para cubrir sus mas perentorias necesidades. En vano se acudió al gobierno reclamando una indemnizacion, ya que no el abono de las cantidades que en los dias de su gran auge habia prestado el Hospital al erario; hasta que al fin, en el año de 1846 por una real orden, fecha 21 de Mayo, se declaró Hospital central de las cuatro provincias de Galicia, y que su déficit gravitase sobre los respectivos presupuestos.

Despues de la ligera reseña del nacimiento, prosperidad, decadencia y estado actual de este grandioso asilo de beneficencia, pasemos á dar un detalle sucinto de su edificio, que es uno de los mas vastos y soberbios que decoran la antigua metrópoli de Galicia.

Se halla en una hermosa plaza á que dió nombre y que desde 1836 se ha convertido en plaza de la Constitución. Su estructura es gótica, resaltando la profusion de adornos y figuras que decoran su portada y una cadena primorosamente labrada en la piedra que ciñe todo el cornisamiento del edificio. Los canchales representan dragones, animales fantásticos y mil figuras caprichosas que hacen recordar la descripción de Nuestra Señora de París hecha por Victor Hugo.

El frontis tiene de latitud 83 varas, y las paredes laterales 480. El recinto abraza cuatro magníficos claustros, con dos fuentes; habitaciones para todos los empleados, corrales independientes y una espaciosa botica. Las enfermerías y el departamento de los espóritos se encuentran en los puntos mas apropiados para la salubridad y la ventilacion. En el crucero de los cuatro cuadros iguales, que forman los claustros, se eleva la capilla construida con el mas fino y esmerado gusto. En el centro de la iglesia hay un retablo que elevándose desde el pavimento en forma de pirámide, y concluyendo en una cruz del crucifijo, sirve para que los enfermos de tres salas oigan desde la cama el santo sacrificio de la misa. El campanario es de una forma original y se compone de barras de hierro enlazadas entre sí, formando una figura cónica. El vestíbulo tiene los retratos de los reyes católicos, y á su alrededor varios cuadros pintados en la pared que representan pasajes del Apocalipsis.

Debajo de la ventana que está sobre la puerta principal se lee la inscripción siguiente.

MAGNUS FERNAND' : ET GRANDIS : HELISABET : PEREGINIS :
DV : IACOBI CONSTRU' : IVSSERE : ANO SALVTI : MDI :
OP' : INCROAT DECENNIO ABSOLUTUM.

Se admiten toda clase de enfermos, sean de dolencias crónicas ó agudas, afectos internos ó externos. Para su asistencia y curacion se cuentan dos médicos y dos cirujanos. Los que hoy dia desempeñan estas plazas son los mas notables en Galicia por su ciencia y reputacion. Uno de ellos, don Juan Gutiérrez de la Cruz posee un gabinete ornitológico provisto de todas las aves del país, y que es el primero que de esta clase se encuentra en aquel vasto territorio.

El monumento suntuoso que acabamos de describir tan tomeramente es todo de mamposteria, y á su espalda se estiende una anchá huerta provista de plantas y hiervas medicinales.

Hasta hace algunos años defendia su fachada principal una hilera de gruesas cadenas de hierro sostenidas por grandes pilastras de granito. Hoy desaparecieron aquellas, quedando solo éstas como un recuerdo del simbolo de la autoridad feudal de nuestros mayores.

Ojalá que los gobiernos civilizados del siglo XIX consagrasen á obras de interés tan práctico y beneficioso para los pueblos los medios de acción y fuerza que la nueva civilizacion y las formas sociales presentes han colocado entre sus manos. Acaso entonces seria una verdad para todos la inmensa distancia que se dice existe en el bienestar material de las gentes del año de 1801 y las del año de 1850.

R. R. FIGUEROA.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡Cuando el rio suena!

(Continuacion.)

Mientras esta duraba Sotopardo, concluida su comision en Madrid, regresó al cuerpo, segun despues he sabido, sin dar de ello aviso anticipado aunque perfectamente en regla con su pasaporte.

del capitán general, y una orden de la superioridad que daba por terminado su encargo. Un teniente de los que estaban á mis órdenes, y á quien permití pasar por un día á la ciudad, me dió noticia de su llegada. ¿Por qué el oírlo se aceleraron los latidos de mi corazón? Van Vds. á acusarme de tonta memoria si les digo que el recuerdo de nuestra primera y única entrevista, vino desde luego á mi memoria, y que con él se renovó mi nebulosa contra don Carlos. En descargo de mi conciencia debo decir, que Matilda, el teniente coronel y Mendoza, personas que componían casi exclusivamente mi sociedad, no cesaron durante el día de la ausencia de Sotopardo, de alimentar la mala voluntad que yo le tenía. Amenazan le acusaba de egoísta é intrigante; la mujer de Mendoza, sin explicarse nunca claramente, habló enigmáticamente de solteras burladas, de una casada seducida y luego víctima de la fornicación de don Carlos; el marido de Matilda deploraba un matrimonio perdido, otras cosas deshonradas; todos aludían frecuentemente á cierto desafío... y aun hoy, señores, después de bastantes años, aun hoy me estremee la idea que de mi compañero me hicieron formar. Con todo eso, mi corazón rehusaba dar crédito á ciegos á tanto crimen, y en cierta ocasión fui á mi honrado coronel á rogarle que me aclarase aquel misterio. — Tampoco yo, — me respondió el veterano, — puedo creer todo lo que me dicen. Ese hombre es caballero ó á lo menos lo parece; pero, amigo mío, en casos tales lo mejor es andar con pies de plomo, y no intrometarse con personas cuya reputación se halla tan comprometida como la de Sotopardo; porque cuando el río suena...!

Don Diego. ¡Hala! parece que el coronel pensaba como yo.

Don Antonio. No se interrumpan al orador.

Alfonso. Ya juzgará Vds. que la respuesta de mi coronel me dejó un perplejo como me hallaba antes de consultarlo; y disculparán, atendidos los antecedentes, el movimiento de odio que sentí al saber que don Carlos se hallaba de nuevo en la ciudad. Ahora prosiguo mi relación. Habría unas dos horas que el teniente llegara, cuando vi entrar en mi alojamiento, no sin sorpresa, á uno de los capitanes del regimiento, llamado Gonzalez, con quien no tenía relaciones tan íntimas que debiera moverle á andar cuatro leguas á caballo solo por el placer de verme, ni tan escasas que exigiese la visita el grande uniforme que vestía. A esas razones añadan Vds. un saludo ceremonioso y cierto aire de preocupación mal disfrazado, y comprenderán que debí prepararme á alguna comunicacion extraordinaria. En efecto, pasadas las primeras y usuales frases, Gonzalez me dijo que deseaba hablarme á solas, y dejándonos el teniente, que allí se hallaba á la sazón, entramos el siguiente diálogo.

Gonzalez: Siento, compañero, ser embajador de malas nuevas, pero V. comprenderá que no he podido escusarme... — Yo: sin rodeos, compañero, y vamos al grano. — *Gonz.* Tómese V. la molestia de leer primero esa esquila: — Yo, leyendo en alta voz un papel que me entregó el capitán: «Señor don Alfonso: el dador, nuestro compañero don Francisco Gonzalez, va encargado de pedir á V. en mi nombre ciertas explicaciones que mi reputación exige. Deseando que este negocio se termine como debe entre personas que no solo visten el mismo uniforme, sino que además se honran entrambas con un mismo hábita (el de Alcañares), ruego á V. que no me obligue á traer la contestación á términos mas duros. De todas maneras, tiene la hora de salir á V. S. Q. B. S. M.

Carlos de Sotopardo.

Algunos instantes confieso que hubo momento para recobrar mi serenidad; porque habiéndome yo propuesto ser quien provocase á mi enemigo, tomar él la iniciativa trastornaba enteramente mi plan. Sin embargo, comprendí que mi conducta en aquel primer lance iba á decidir irrevocablemente de mi posición en el cuerpo, y con la posible calma dije á Gonzalez:

—Esta es una credencial en regla; diga V. compañero, que le escuchó. — *Gonzalez:* Sin duda comprenderá V. que don Carlos desea en cuanto con su honor sea compatible, terminar amistosamente el negocio. — Lo que no comprendo es cual sea el negocio, ni en qué, ni cómo se halla comprometido el honor de don Carlos. — Sin embargo, amigo, hay cosas que por su peso se caen... Cuando á un hombre se le pone entre la espada y la pared, ¡caramba! ó salta ó es de piedra. — Compañero, si V. quiere que le entienda, es preciso que hable mas claro. — Don Carlos está ofendido. — ¿Por quien? — Por V. — ¿En qué? — Eso V. lo sabe y él tambien. — El es posible; yo lo ignoro. — Mire V., Teller, hablemos como amigos; si V. quiere reñir de todas maneras, sea, pero dígalo francamente. — Señor de Gonzalez, ni quiero ni rehuso reñir: lo que si quiero es saber de qué se trata; lo que rehuso es servir de juguete á nadie en este mundo. — No se trata de eso tampoco. — Pues sepámos de qué: ¿cuál es la ofensa que D. Carlos supone? — La de haber arruinado su reputación en el cuerpo y particularmente con los jefes. — ¿Y es á mí á quien de tal se acusa? — Si señor. — ¿Y con qué pruebas? — Lo ignoro. — ¿Né ha oído V. alguna vez hablar de don Carlos? — Jamás. —

¿Hay algun oficial en el regimiento, que pueda decir lo contrario? — No lo sé, pero el hecho es que don Carlos ha llegado hace tres días, que algun jefe le ha recibido muy mal, que en diferentes casas le han cerrado la puerta, y que hasta nuestro buen coronel le ha aconsejado que solicite el paso á otro regimiento. ¿Cuál es el origen de tan desagradable acogida? — ¿Y yo qué quiero V. que le diga? — Sin embargo, hay quien pretende que V. es causa de todo. — ¿Y quién es? — Ignoro quién sea, mas sé que por diferentes conductos ha llegado don Carlos á entender que V. se ha declarado su capital enemigo, que le difama en todas partes que se ha jactado de que le habia insultado... — Es una infame calumnia. Así lo creo y, en honor á la verdad, así lo cree tambien Sotopardo; pero en su posición actual no le basta eso, si no que es preciso que el regimiento y á la ciudad entera conste su inocencia. Ese es negocio suyo. — Y por eso vengo á buscar á V. en su nombre. — ¿Que pide? — Una reparación. — Para darla sería necesario que hubiese agravio de mi parte. — Entendámonos señor don Alfonso: la fama atribuye á V. una ofensa que no ha hecho á la persona que aquí me envía. Cuanto esta diga será de poco peso; pero una palabra de V., imparcial en la materia, puede destruir en un instante la calumnia que oscurece la reputación de Sotopardo. — Ya he dicho á V. que jamás me he ocupado en público de su persona. — Luego si privadamente. — No estoy dispuesto á dar cuenta á nadie, mas que á Dios, de las acciones de mi vida privada. — Pero cuando se trata del honor de su compañero... — El mio exige que no consienta un interrogatorio de esta especie. — Mire V., compañero, yo aquí soy agente de un amigo y mis instrucciones son precisas cuanto serlo pueden. Tendría V. inconveniente en firmar esta declaración? (y me presentó un papel que le devolví sin desdoblarlo). — Ni esa, ni otra, ni ninguna. He dicho cuanto tenía que decir en la materia, y no añadiré una sola sílaba, ni escribiré una letra. — Mírela V. bien. — Está mirado. — ¿Definitivamente? — Irrevocablemente. — En ese caso, la hora, las armas, y el sitio. — El teniente Leon se entenderá con V. — ¿Cuándo podrá verle? — Dentro de una hora. — Le espero en la posada. — No faltará. — Pero ¿no será mejor...? — Beso á V. la mano, señor de Gonzalez. — Yo á usted la suya, señor de Teller.

Don Antonio. ¡Ay Alfonso! Alfonso, qué orgulloso anduvo V.!

Alfonso. Nieto é injusto además: pero los antecedentes, mi corta edad, mi carrera, y luego la violencia de mi carácter, sino disculpan, por lo menos explican mi conducta.

Don Diego. Por Dios no mas reflexiones y prosiga la historia.

Alfonso. Convengamos Leon y yo en que el duelo tuviera lugar al saber el jueves próximo (estábamos en martes), y en cierto bosque que á medio camino había entre la ciudad y el lugar donde los potros forrajaban; y luego mi padrino se puso de acuerdo con el de Sotopardo.

La reputación de don Carlos como valiente y diestro en las armas, ya he dicho á Vds. que era trombeunda; y sin embargo, como yo no me tenía á mí mismo por torpe tirando al sable, no me inquietaba mas de lo razonable el resultado del combate. Decir que alguna vez la carne flaca no se revelase contra el espíritu, sería necia bufarronada; porque como dice Eretila,

«El miedo es natural en el prudente,
El saberlo vencer es ser valiente.»

Pero repito que mis apreusiones, por lo que á la vida respecta, fueron de poca importancia, relativamente á las que por otros conceptos me dominaban. Desde luego se comprende que no acertaría yo á explicar como ni quien habia persuadido á Sotopardo de que su mala fama, ó por mejor decir la exageracion reciente de su mala fama, provenia de mí; porque en realidad jamás hice otra cosa mas que escuchar lo que de él quisieron decirme Mendoza, su mujer y Almazan. Pero tampoco es mi preocupación altamente, no: mi pasión á Matilda era superior para mí á la vida y á la honra. La posibilidad de sucumbir en el combate con Sotopardo, me asustaba solo en cuanto podía separarme de mi amada; y la idea de bajar al sepulcro sin que antes supiese al menos mi pasión aquella que la inspiraba, era tormento superior á mis fuerzas. Tomé, pues, la pluma y pasé la noche del martes al miércoles escribiendo, no una carta, sino un proceso lleno de frases reducidas á pedir perdón á Matilda por el delito de idolatría; protestar que mi amor no ofendía su recato y virtud, y rogaria que, si la suerte me era contraria, derramase al menos una lágrima sobre mi tumba. Conservo cuidadosamente la tal carta, y siempre que un acceso de vanidad me acomete, la leo, seguro de hallarme humilde y manso como un cordero al conchacina. ¡Tantas y tales son las bobadas é inocencias que contiene!

Pero mientras la escribí y aun después de escribirla, confieso que me pareció obra maestra de ternura y de pasión, y tal vez no la trocará por todas las de Rousseau en la nueva Heloisa. Sea como quiera, la dificultad estaba en que mis tres pliegos de papel, escritos de lo-

tra monda, llegaran á manos de la persona á quien los destinaba, cosa no fácil de conseguir, y comisionó que mi reserva no quería confiar á ajenas manos. Devanéme los sesos, como vulgarmente se dice, durante un día para imaginar arbitrio que de tal apuro me sacara, y al cabo, después de haber adoptado y desechado sucesivamente mil proyectos á cual mas absurdos, elegí acaso el mas descabellado de todos, decidiéndome á ser yo mismo el portador de mi carta. Monté, pues, á caballo á la caída de la tarde, y sin mas compañía que la de mi asistente, parti al gran galope para la ciudad, á cuyas puertas llegué ya cerrada la noche.

Mientras duró el camino, pusieron límites el movimiento y la agitación á las imaginaciones; pero cuando me ví solo en la calle angosta y sombría donde habitaba Mendoza; cuando traje á la memoria que, abandonando un destacamento, cuyo jefe era, sin licencia de los míos, sin disculpa ni pretexto ostensible, iba á entrar en casa de un amigo, ¿y á qué? nada menos que á declararme á su muger; la sangre se me heló en las venas, toda la imprudencia de mi conducta, todo lo descabellado de mi plan, se me hicieron patentes, y hasta los pies, como si hubieran echado raíces en el suelo, rehusaron proseguir el corto camino que me quedaba que andar. Llovía á mares, la noche era oscura como boca de lobo, y ni un alma pasó por la calle en una hora que, envuelto en mi capote, y sin cuidarme mas del agua que me bañaba que de la que inundó la tierra cuando el diluvio universal, estuve inmóvil frente á los balcones de Matilde, no discutiendo, sino desvariando sin razon ni concierto alguno. ¿Creen ustedes que me acordaba entonces del objeto que allí me había llevado, ni del duelo que me esperaba al siguiente día, ni de mi desercion del destacamento? Si así es, se engañan, porque tal estuve, que yo mismo no sabré decirles qué era lo que por mí pasaba. Unas veces imaginándome á los pies de Matilde, declaraba mi amor con

sentidas razones y ardientes lágrimas... Otras veía á un rival favorecido, y era don Cédros... Ya Mendoza, descubriendo mi pasión, intentaba vengarse; y ya su mujer indignada con mi atrevimiento, me desterraba para siempre de su presencia. En tanto discurría veloz el tiempo y dieron las nueve de la noche; salió entonces de la casa de Matilde un asistente con una cesta y hambrea. Mendoza estaba de guardia indudablemente. Cinco minutos después brilló una luz detrás de una vidriera, de mi bien conocida, la del gabinete de mi amada; abrióse la ventana, y ella misma asomó el cuerpo, miró á un lado y á otro de la calle, y volvió á retirarse, mas solo al dintel del balcon. Ahn ahora, que hablo en el puerto de la pasada tempestad, quiere el corazón salirse del pecho recordando aquella escena; imaginen Vds. lo que sería entonces, que lleno de amor y arrebatado por los celos imaginé desde luego que Matilde esperaba á un rival dichoso. No quiero repetir las locuras que se me ocurrieron, los crueles proyectos que forme, fácilmente se adivinan, y además, no tuve mucho tiempo que dar á mis imaginaciones, pues á poco entró en la calle, por mi derecha, un hombre embozado y con sombrero de paisano, encaminándose resueltamente á la casa de Mendoza. Mis sospechas eran evidencias; mas con ese deseo feroz que á veces tenemos de apurar las heces al cáliz de los agravios, sin duda para justificar la venganza que de ellos intentamos tomar, me oculté en una puerta cochera que á mi espalda estaba, y me recé á la oscuridad de la noche no fui visto por el mortal dichoso. Este dió un silvido particular, al cual respondió Matilde asomándose al balcon y diciendo «Arríbase» palabra que me parece aun estar oyendo. Mi cólera entonces rompió los diques y como leon furioso me arrojé sobre el desconocido sable en mano y exclamando: «Defiéndete, miserable, ó eres muerto».

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

UN CUENTO DE AMORES,

ESCRITO

POR D. JOSE ZORRILLA

Y

D. JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

El día siguiente
Purísimo el sol
Cual siempre con tumbre
Sereña radió.
Tormenta de estío;
Temprano calor
Formóla, y en furia
Ligera pasó.
El cierzo deshizo
Su prunto turbión
Con soplo pujante
Llevándola en pos.
Y seca la tierra
Sus lluvias sorbió
Después de posado
Su inmenso alabion.
Del sol á los rayos
Toróse en vapor
Gran parte, que al punto
El aire llevó.
Tomaron los campos
Con nuevo vigor
A alzar las espigas
Que el viento abatíó;
Tornó á embellecerse
Con nuevo verdor
La yerba y el césped
Que el agua embarró.
Tomaron los olmos
El grato rumor
A alzar de sus hojas
Que el aura enjugó;
Y oyendo en sus ruidos
Su lánguido son
Las aves, que el fiero
Nublado espantó,
La luz saludaron
Con dulce clamor
Lanzándose al viento
Con vuelo veloz.
La atmósfera entonces
Mas pura quedó,
Sin mancha de nubes

Su azul estension.
El pueblo á sentirse
Con vida tornó.—
Cediendo al instinto
Su buen corazón,
A ver los sombreados
Salió el labrador:
De fieles podancos
Seguido, el zurrón
Repleto, á los solos
Volvió el cazador.
Y abriendo el aprisco
Dó se guareció
Tornó sus rebaños
Al monte el pastor.
Y así de la vida
Al ruido y acción
Por campos y pueblos
La tierra tornó.
Tan solo el palacio
Del viejo mansion
Gozar de aquel nueve
Placer no mostró.
En todo aquel día
Ninguna se abrió
De las anchas rejias
Del muro exterior
Ni nadie pasando
Vió abierto el portón,
Ni nadie á sus dueños
Asomarse vió.
Y así pasó un día,
Y corrieron dos,
Y así la semana
Completa pasó.
Tan solo el doniingo
Cuando el esquilón
Del templo á la misa
Del alba tocó
Acudió á la iglesia
Con su padre Flor,
Y luego á cerrarse
La casa tornó.

Tildose en el pueblo
De estraña aprension
Del viejo, un retiro
Tan nuevo: y echó
Por muchos caminos
La murmuracion,
Mas de ellos la causa
Ninguno esplicó.
Y así pasó en tal misterio

Del verano la estacion,
Y un templo abado al silencio
El palacio semejó:
De toda amistad antigua
Y de toda relación
Con las gentes del lugar
El viejo se retiró.
Solo salian al templo
Con la aurera el viejo y Flor
Y segun al encontrarlos
Algun curioso notó
Jha el viejo como nunca
Con torba fáz, é iba Flor
Tan pálida y melancólica
Como si en su corazón
Llevará un grande pesar,
O la mano del Señor
De una enfermedad la hubiera
Cargado con la afieccion.

CAPITULO VII.

Flor-del-Alba.

Pasaron los ardientes
Calores del verano:
Del alamo las hojas
Amarillean yá.
Las eras están limpias
Y recogido el grano
La fruta sazonzada
Para cogerse está.

De la fecunda viña
Entre las anchas hojas
Crecidos los racimos
Empiezan á pintar.
Las ubas de los negros
Empiezan á ser rojas:
Los blancos transparencia
Comienzan á tomar.

Se acerca la vendimia.
De todos los lugares
Anuncian los peritos
Que llegan á sazón.
Los cuébanos se aprestan,
Se limpian los lagares,
Se ajustan los obreros
Que llegan en montón.

Que al suelo castellano
Para vendimia y siega,

En bandas numerosas
Boscándose jornal;
De Asturias y Galicia
La muchedumbre llega,
Dejando de sus riscos
El áspero herial.

El ruido y movimiento
Su turba forastera
Con danzas y cantares
Aumenta por dó quier;
Y en tanto que los días
De su trabajo espera
Se apresia á las de afanes
Con horas de placer.

¡Oh cuán alegre tiempo!
No hay época mas grata
Al corazón sencillo
Del franco labrador:
Ni oyeron cortesanos
Tan dulce serenata
Como el lejano acento
Del buen vendimiador.

¡Qué hermoso el campo entonces!
¡Cuán brilla en armonía
El verde de los campos
Con el celeste azul!
Las noches son serenas
Y el resplandor del día
Parece que se temple
Con transparente tál.

El aire atravesando
Por la férz campiña
Cubierta de verdura
A los sentidos trae
El fresco y delicioso
Perfume de la vinya,
Y la hoja que temprana
Del álamo se cae.

No tiene aura mas pura
Vivífica y salubre
De las primeras flores
La mágica estación:
Que la que trae setiembre
Y espira con octubre
De sus áridos vientos
Entre el rugiente son.

Este es el tiempo bello
Fecundo en poesía
Y pródigo en deleites,
Del génio inspirador.
Sus auras son cargadas
De aromas y armonía,
El soplo con que al mundo
Anima el criador.

Si sí: la brisa fresca
Fugáz, murmuradora,
Que arranca en el setiembre
La postrimera flor:
La ráfaga es que anima
La llama creadora,
Que en nuestras almas pueo
La mano del señor.

Si; siempre fué el otoño
Mi dulce primavera,
De poesía y flores
Mi pródiga estación:
Y aspiro yo con ánsia
Su ráfaga postrera,
Y en ella es donde bebo
Mi nueva inspiración.

Si, ven, brisa de otoño,
Y aunque tus roncadas alas
El arboleda yermen
Que cobijó un eden,
Aunque en zarzales tórnas
De mi vergel las galas,
¡Oh brisa de setiembre
Consoladora, ven!

Ven á templar el fuego
Del abrasado estío,
Ven á mí líra muda

Cantares á inspirar.
Ven á rasgar las nieblas
Do al pensamiento mío,
El perezoso agosto
Sepulta á mi pesar.

Ven, ven; pues si tu soplo
Los árboles despoja
De un opulento y verde
Y ameno pabellón;
También es cierto, ¡oh brisa!
Que en pos de cada hoja,
Arrancas un instante
De pena al corazón.

Yo siempre te he querido;
Constante y conñado
Hete aguardado siempre
Con invariable fé:
Mil veces por tu vuelta
Con ansia he suspirado,
¡Oh brisa de setiembre
Jamás te olvidaré.

Ven; ya para gozarte
Se esplayan mis sentidos;
Mis lábios entresbiertos
Para aspirarte están:
Atentos se preparan
A oírte mis oídos,
Y aguarda que te orées
Mi rostro con afán.

¡Oh cuánto me embelesa
Tu desigual murmullo,
Y cuánto me enamora
Tu vagabunda voz!
¡Cuán dulces pensamientos
Añagan con tu arrullo,
Mi mente cual tú vaga
Y como tú veloz.

Mis ojos te imaginan
En medio el remolino
Que de agostadas hojas
Y polvo desigual;
Elevas revoltosa
En medio del camino
En tosca y momentánea
Y rápida espiral.

Ya juzgo que te veo
Entre la blanca tropa
De hadas y de silfos
Que van en tu redor;
Las orlas arrastrando
De tu flotante ropa,
Y aun percibir sospecho
Tu cuerpo sin color.

Ya pienso que graciosa,
Versátil, hechicera,
Vestida de una nube
Como tu ser sutil;
Cabalgas en el viento,
Emanación ligera,
De la frescura antigua
Del bosque y del penál.

¡Oh cuánto me embelesa
De los torcidos troncos
Mirar de una alameda
Que á desnudarse vá;
Huir una tras otra
Entre suspiros roncados
Las resonantes hojas
Descoloridas ya!

El río que susurra,
Bajo las verdes cañas;
El aura que se aduerme
Entre una y otra flor;
El sonoro arroyo
Que corre entre espadañas,
No igualan tus rumores
Con su gentil rumor.

En ese incomparable
Monótono laurento
Con que despide el árbol
Sus hojas, que se van;

Con que florando implora
La compasión del viento
Que al paso le deshoja
Sin comprender su afán:

Acaso no halla el vulgo
Mas que el rumor penoso
Del aire y de las hojas
Que arrastra en pos de sí:
Mas sus compases vanos,
Lenguaje misterioso,
Palabras escondidas
Contienen para mí.

Si, brisa, en tus murmullos
Y en tus errantes giros
Entre las secas ramas
Alcanzo á comprender;
De espíritus ocultos
La voz y los suspiros,
Con que á mi ser responde
Su misterioso ser.

No son las mentirosas
Efímeras visiones
Que en ti la fantasía
Poética fingió:
No son las ilusorias
Sublimes creaciones
En que inspirada aborta
La poesía, no.

Espíritus son esos
Con pensamiento y vida,
¡Oh brisa! porque siento
Sobre tus alas ir;
Los plácidos recuerdos
De la niñez perdida,
Las bellas esperanzas
Del tardo porvenir.

Tú tiendes á mis ojos
Cual vasto panorama
Cuanto mi ser espera
Cuanto en mí ser pasó:
Delante de mis ojos
Tu aliento desparrama
Los latimos deleites
En que me em' riago yo.

Las auras olorosas
Del lujurioso mayo,
Mi espíritu adormecen,
Enervan mi valor.
Mi pensamiento embarga
Letárgico desuayo,
Y ¡ay necio del que entonces
Recuerde al trovador!

Del sol de julio el fuego
Inspira solamente
Al moro que dormita
Tendido en el harém:
Y acaso allá de América
La perezosa gente,
Tranquila en sus hamacas
Le gozará también.

Mas yo no cuento nunca
Por horas de mi vida
Las horas del estéril
Estío asolador:
A mí comienza el año
Con mi estación querida:
Yo vivo cuando mueren
El árbol y la flor.

Yo cuento solamente
Por horas de mi vida
Las en que siento ¡oh brisa!
Sobre tus alas ir;
Los plácidos recuerdos
De la niñez perdida,
Las bellas esperanzas
Del tardo porvenir.

Tú solo eres, otoño,
Mi tiempo verdadero,
Mi edad, mi primavera,
Mi inspiración mi Edén:
Envidia largo entonces

De Pindaro y de Homero...
¡Ven brisa de setiembre,
Para mi gloria, vén!

¿Mas dónde me arrebató
Mi loca fantasía?
¿Adónde vá buscando
Belleza y poesia
Perdida de los vientos
Sobre la azul region,
Cuando la misma brisa
Me llevará delante
Del dulce y melancólico
Poético semblante
De Flor que la respira
Con vaga distraccion?

Del muro solitario
Abierta la ventana
De amor y de hermosura
Como ilusion ufana,
Su suave y expresivo
Contorno deja ver:
Y allí desde la altura
La distraida niña,
Aspira el aromado
Vapor de la campiña,
Que con las brisas viene
Sus rizos á mecer.

La sien sobre su diestra
Reclina, que doblada
Mantiene su cabeza

Tiene la pobre niña;
Vese acuitada y lúrfana
Y ansia por morir.

CAPITULO VIII (1)

I.

Un año despues.

En una estrecha y oscura
Y torcida callejuela,
De la coronada villa
Por dó Manzanares lleva
Su corriente tortuosa
Tan pudibunda y modesta,
Que mas que el agua del rio
Se vé del fondo la arena:
En una calle dijimos
Por lo estrecho, callejuela,
Y mas oscura y torcida
Que el laberinto de Creta;
Hay una casa de pobre,
Aunque muy limpia apariencia
Que parece de artesanos
Acomodada vivienda;
Mas la gente que la habita,
Tal vez por causas secretas,
Al trato con sus vecinos
Con tanto lesion se niega:
Que las comadres del barrio
Aun las mas duchas y arteras,
Que á descifrar un enigma
Al diablo se las apuestan;
Averiguar no han podido
Qué gentes serán aquellas,
Y eso que há ya mas de un año
Que á fijarse allí vinieran.
Un viejo son y una jóven
Segun los curiosos piensan
Del andar y la apostura
De los dos, cuando á la Iglesia
Parroquial, por las mañanas
A misa van; mas no aciertan
A descubrir ni su clase,
Ni sus medios de existencia
Ni sus rostros, que embezado
El en una capa negra,
Y ella en manto muy cumplido
El talle y la cara envuelta,
Jamás vislumbrear dejaron
Mas que un ojo y media ceja:
—Y esto es lo que á las comadres
Mas enfada y desespera.—
Y ensalzando á troche y moche
Mil conjeturas diversas,
Hay quien supone al anciano
Personage de gran cuenta
Que disfrazado se encubre
La ley temiendo severa,
De algun horrendo delito
Por evitar la sentencia.
Quién dice que es un avaro
Recien venido de América
Que oculta inmensos tesoros
Bajo hipócrita pobreza;
Y no falta quien de espia
Acusándole, asevera,
Que fué un tiempo muy su amigo
Allá en la corte de Viena:
Y aquí es de escuchar el coro
De las maldicientes viejas,
Que en los dos desconocidos
Su impotente saña ceban;
Y ensalzando al rey Felipe
Hasta la azulada esfera,
Jurán con ardiente rabia
Contra la gente tedesca.
Mas las opiniones todas
En una cosa concuerdan;
Y es que al dejar al anciano
Por su joven compañera,
Todos suponen á una
Que debe de ser muy fea,
Y ples que vá tan tapada,
Al menos bisoja ó tuerta.
Juicio comun de los hombres
Que creen que les hace ofensa
Quien oculta propias culpas



Bellísima inclinada,
Con espresion tranquila
De dulce languidez:
Y embebecida en vagos
Ó tristes pensamientos,
Está en uno de aquellos
Pacíficos momentos
En que reposa el cuerpo
Y el ánimo á la vez.

En una de esas horas
De indefinible calma,
En que tristeza dulce
Nos adormece el alma,
Y plácidos recuerdos
Fermenta el corazón:
En una de esas horas
De insomnio y poesia
Cuyo beleño bñando
En su aura nos envía
Tan solo del otoño
La mágica estacion.

Sonrisa melancólica
Sus labios hermosea;
Con sus flotantes rizos
El aura juguetea,
Lasciva acariciando
Su rostro juvenil

Mas nubla la tristeza
Sus ojos de paloma
Y á sus megillas puras
La palidez asoma,
Sus rosas marchitando
Con tintas de marfil.

Tal vez pesar secreto
Su corazón abruma:
Tal vez alimentada
Sin tiempo la consume
Efímera esperanza,
Recuerdo engañador.
Mas niña que en sus bellos
Abriles apetece
La soledad, y llora
Medita y palidece,
El mal que la atormenta
No es mas que mal de amor.

La vez de Flor-del-Alba
Amor es quien marchita,
Amor es el impulso
Que á contemplar la incita.
El campo ilimitado
Del hondo porvenir:
Medita y ambos ojos
Por la herial campiña
Llorando sus enojos.

(1) Aquí entra lo que ha servido de texto para el relato de esta de Quenda.

De indiferencias ajenas,
Y vengan culpas soñadas
Con calumnias verdaderas.

II

El encuentro

Désempedrando la calle
En una andadora yegua
Que del Betis cristalino
Nació en la verde ribera;
Cuando el moribundo rayo
Del sol se vislumbra apenas,
En los extremos remates
De las mas altas veletas;
El Dios Marte en la apostura,
Si de bondad no tuviera
Clara expresion amorosa
Su pálida faz morena:
A trote largo vé un mozo
De veinte y ocho años á treinta:
Y al desusado ruido
Que al chocar sobre las piedras,
Producen las herraduras
De la trotadora yegua,
Acuden á sus halcones
En ruidosa competencia,
Hombres mugeres y ancianos
Y chiquillos y mozuetas.

Mas no mira el pasajero
Que causa gran estrañeza
En el apartado barrio
Su noble y marcial presencia;
Y en pensamientos profundos
Sumida el alma, las riendas
Sobre las trenzadas crines
Al aire flotando sueltas
Vá cruzando, cual si el sino
Dirigiese su carrera,
Estatua ecuestre animada,
Por la circunstancia escena.
Mas al pasar por delante
De la misteriosa puerta
De aquella casa que escita
Curiosidad tan intensa;
A una esclamacion gozosa
Que pronunció una voz tierna,
Lleno de asombro el viandante
Alzó la noble cabeza;
Y mientras con diestra mano
El brioso animal refrena,
Las espesas celosias
Por atravesar se esfuerza,
Con miradas que un abismo
De indómito amor revelan.
Entreabrióse la ventana,
Y mas hermosa que estrella

Que al triste naufrago anuncia
El fin de horrible tormenta,
Mas plácida que la luna
Cuya blanda luz riela
Sobre las olas de un lago
En noche clara y serena;
Mas bella que la esperanza
Y como la dicha bella,
Asomóse un breve instante
Una mujer; la sorpresa
Embargó la voz del mozo
Un punto, mas luego: « ¡ Es ella ! »
Esclamó: — la celosia
Cayó; mas una ligera
Señal de la hermosa jóven,
En su sencillez compleja
Dijo al manecbo: « no tardes
En volver que aquí te esperan. »
Y en el lenguaje expresivo
De su mirada resuelta
Contestóla él: « No haré falta. »
Y clavando ambas espuelas
En los lucientes hijares
De la trotadora yegua,
Va por la calle torcida
Corriendo á toda carrera.

(Continuará.)



Origen de la palabra seis.

Entre las muchas voces que la lengua hebrea ha transmitido á la nuestra, es digna de notarse la palabra con que designamos el numeral seis la cual no tan solo la ha adoptado el idioma español, sino que en casi todos los conocidos la hallamos. En efecto: el griego dijo *hex*: el latín *sex*: el italiano *sei*: el francés *six*: el alemán *sechs*: el belga *ses*: el polaco *sześć*: el inglés *six*: el vasco *sei*. Este paralelismo que guardan entre sí las lenguas respecto á la palabra que nos ocupa, manifiesta suficientemente que es el origen de ella, hubo alguna cosa de notable, en atención á la cual todas sin vacilar la adoptaron para expresar la idea misma que motivó su formación; no de otro modo se concibe cómo pueda explicarse el hecho de haber recibido una misma palabra, idiomas de procedencia enteramente distinta, como lo son p. e. el inglés y el italiano, el alemán y el francés: no de otro modo se concibe como una palabra haya infiltrado por todas las lenguas, desde la antiquísima y acaso primitiva en que tuvo origen hasta los dialectos mas modernos. Pero lo mas particular es, que en ninguna ha podido explicarse ni darse razon de esta palabra, en ninguna se ha podido decir por qué se llamó así, en ninguna se ha podido observar la conveniencia del nombre con la cosa; siendo preciso acudir á la lengua hebrea para indagar su formación y patentizar su origen, el mas natural, por cierto, que puede darse. Entre las letras del alfabeto hebraico hay una así  llamada *sin* y cuyo valor fonico ó de pronunciacion es nuestra *s*: á la simple inspeccion de este geroglífico, cualquiera echa de ver que su figura consiste en tres brazos; por consiguiente duplicándole, resultará caligráficamente una dición formada por seis trazos y fónicamente la palabra *ses*: hé aqui ya el origen del *seis* de todas las lenguas, constituido del modo mas ingenioso, como acabamos de ver, y al mismo tiempo filosófico, como pasemos á examinar, todos los signos hebreos tienen además del nominal y el de pronunciacion, un valor ideológico; es decir, todos los signos hebreos representan un objeto en el orden moral: pues la letra *sin* (sin) envuelve en sí la idea de *naturalidad*, de modo que duplicada (la repetición es uno de los modos de hacer el superlativo hebreo) equivale á *naturalidad aumentada*, *cumulo de naturalidad*; *naturalidad consumada y perfecta*: aqui tenemos la expresion mas sublime y mas concisa de las seis épocas de la creacion.

Convengamos, pues, en que la palabra hebrea *szs* no pudo ser otra cosa, caligráfica, fónica ni filosóficamente considerada, y que con razon las lenguas todas la han adoptado, si bien ya en ninguna de ellas existen las poderosas razones que presidieron á su formación.

Mucho pudiera decirse, fundados en lo que acabamos de esponer, en favor de la primordialidad y originalidad del hebreo; pero

seria estralimitarnos y alargar inoportunamente un artículo en que solo nos hemos propuesto presentar una belleza de las en que abunda estraordinariamente la lengua de David y de Salomon.

S. CATALINA.

El tiempo.

No hay cosa mas larga que el tiempo porque es la medida de la eternidad; no hay cosa mas corta; porque nos falta para todos nuestros proyectos; no hay cosa mas lenta porque espera; no hay cosa mas rápida; porque huye; en grande se estiende hasta lo infinito, se divide hasta lo infinito en pequeño; todos le desperdician, todos sienten su pérdida; sin él nada se hace; olvida lo que es indigno é inmortaliza los grandes hechos.

Los médicos.

Los médicos son instrumentos de la cólera de Dios, con ellos nos amenaza en aquellos terribles palabras del Eclesiastes: « Qui dicitur in conspectu ejus qui fecit eum, incidit in manus medicus. »

GEROGLIFICO.

